

Desde el lienzo charro de Constituyentes, ¡Patria o muerte, comeremos!

Superarán remesas de EU ingreso por inversión foránea y turismo en 2004

ISRAEL RODRIGUEZ

PAG 27

Facturas alteradas, otra maniobra que urdió Aznar para ser condecorado

PAG 34

HOY

NERUDA: RESIDENCIA ETERNA I

(desde Chile)
Textos de
Eduardo Hurtado,
Edmundo Olivares,
Darío Osses,
Iván Quezada,
José Miguel Varas
y Rafael Vargas



La Jornada
Semanales
masiosare



EL AGARRÓN OAXAQUEÑO

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	18
ANTONIO GERSHENSON	24
GUILLERMO ALMEYRA	24
NÉSTOR DE BUEN	25
ROLANDO CORDERA CAMPOS	25
LAURA ALICIA GARZA GALINDO	27
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	42
BÁRBARA JACOBS	4A
CARLOS BONFIL	ESPECTÁCULOS

OPINIONES

MAR DE HISTORIAS

Los olvidos

■ CRISTINA PACHECO

Para los niños del barrio estar de vacaciones significaba únicamente levantarnos más tarde y no tener tareas. Las posibilidades de diversión eran mínimas: el fútbol callejero, subir a las azoteas para saltar de una a otra o romper los charcos a pedradas.

A muchos de mis vecinos, que eran también mis condiscípulos, sus padres los mandaban a trabajar en talleres, obradores y tiendas. Había tres justificaciones: "para que no anden de vagos, para que aprendan un oficio, para que se ganen unos centavos".

La posibilidad de obtener un dinero que podríamos gastar a nuestro antojo y sin rendirle cuentas a nadie despertaba la competencia. Desde temprano salíamos para tratar de colocarnos en los establecimientos y las casas donde el trabajo eventual era mejor pagado.

Tenía mis preferencias: la gasolinera, por las buenas propinas, y el obrador de carne, por la bicicleta que el patrón me facilitaba para el reparto. Como no logré colocarme en ninguno de estos establecimientos renuncié a la búsqueda. Me creí feliz como dueño absoluto de la calle, las azoteas y los charcos. Mi gozo fue breve: acabé por sentirme solo y ajeno a mis amigos, en especial cuando por las noches se reunían para comentar sus aventuras y mostrarme sus ganancias.

II

Entonces, aunque ya era tarde, busqué trabajo. Mi frustración aumentó cuando vi que todos los puestos estaban ocupados. Regresaba a la casa de malhumor y envidiando de mis amigos. Un mediodía al pasar frente al asilo vi un letrero: "Se solicita ayudante". Toqué el timbre. Al cabo de un buen rato se abrió la mirilla. Vi unos ojos oscuros enmarcados en cejas muy abundantes:

—¿Qué se te ofrece?
—Vengo por lo del anuncio.

La puerta se abrió. El encargado, con su delantal de lona y sus botas de goma, me recordó a los carniceros del obrador.

—Me tardé en abrirte porque estaba en el patio de atrás—. Se echó a caminar y lo seguí: —Esto es muy grande.

Atravesamos la recepción. Sus paredes altas, con rosetones de humedad, me hicieron arrepentirme de haber entrado. Iba a retroceder cuando el hombre se detuvo y me habló:

—¿Habías estado aquí?— Sonrió y vi sus dientes enormes, blancos y desigua-

les. —Te debe parecer horrible. Pensé lo mismo cuando llegué y mira: llevo catorce años metido en este lugar.

—¿Catorce? —repetí, como si la cifra me pareciera infinita.

—Imaginate...— Parpadeó y me observó: —¿Qué edad tienes?

—Doce, pero casi no me lo creen...

—Por chaparro. No te preocupes: cuando te la jales menos, darás el estirón—. Celebró su broma y me guió hasta su oficina: un escritorio, dos sillones, un enorme helecho y el retrato de una mujer: —¿Cómo te llamas?

—Juan.

—¡Buenísimo! A mis viejitos no les gustan los nombres largos. Se les hace difícil recordarlos. Me llamo Herminio ¿y sabes cómo me dicen?: "Tío"—. Señaló hacia el retrato: —Es mi madre. Una vez me contó que tuvo que pelearse con mi padre para convencerlo de que le permitiera bautizarme con la versión masculina de su propio nombre. Tantos disgustos para que al final todos me llamen "Tío".

Herminio se acercó a la ventana y lo seguí.

—¿Qué te parece el jardín?

—Muy bonito —le contesté.

—Estaba mejor. Ultimamente lo he desatendido un poco—. Suspiró: —Mis viejitos me necesitan cada vez más y yo a ellos: la vida está muy cara.

Entendí la relación entre una cosa y otra cuando me explicó en qué consistía parte de su trabajo:

—Ayudarlos a encontrar las cosas que extraviaban. Para ellos tienen mucho valor un frasquito, un pañuelo, un monedero—. Herminio suspiró: —Estas insignificancias son parte de su tesoro y cuando los ayudo a recuperarlas, lo que sea de cada quien, se portan muy generosos. ¿Sabes cuánto me dan si encuentro su dentadura? ¿Cinco pesos!

—¿No son muy pobres?

—No, son nada más viejos—. La expresión de Herminio se descompuso en una mezcla de rabia y asco. —Para no hacerse cargo de ellos, sus familiares los internan en el asilo. Desde que estoy aquí ninguno ha venido a visitarlos. Piensan que cumplen con sus obligaciones sólo porque depositan en el banco las mensualidades o porque les mandan dinero con choferes de confianza. Si te dijera donde lo guardan, no me lo creerías.

Lo interrumpió la voz angustiada de una anciana que apareció en la oficina:

—Tío: ¡mis peinetas! Son de carey, me las regaló mi difunto—. La mujer reparó en mi presencia: —¿Quién eres?

—Juan —respondí.

El interés que la señora había sentido hacia mí se desvaneció al instante y, ya calmada, se dirigió otra vez a Herminio:

—Tío: ¿para qué me mandaste llamar?

Herminio se acercó a la anciana y le habló al oído.

A PAGINA 46

EL PECADO, LOS CHEFS Y LA IZQUIERDA



FRANCISCO OLIVERA

Tito Briz, del restaurante El Cardenal; Osvaldo Caldú, de El Asado Argentino; Samuel del Villar; Leonardo de la Sierra, del Centro Cultural Español; Mohammed Mazeh, de El Andaluz; Agustín Arroyo, de El Mesón del Cid, y Marco Rascón, de Peces, fueron los anfitriones de la comida que Gastrónomos Unidos por la Libertad y el Arte (GULA) organizaron para más de 600 personas unidas por su posición política

JENARO VILLAMIL

PAG 43